

# BEGUINAS

MEMORIA HERIDA

M<sup>a</sup>. CRISTINA  
INOGÉS SANZ



P P C  


# BEGUINAS

MEMORIA HERIDA

M<sup>a</sup>. CRISTINA  
INOGÉS SANZ





*A Carmen Saldaña y Pili Villacampa,  
mis amigas.*

*A las mujeres que crearon Manos Unidas.  
A las seguidoras que continúan con su gran labor.  
A los seguidores que se han incorporado en los últimos años.  
Gracias, porque hacéis posible que el espíritu beguino  
de entrega desinteresada y acompañamiento siga presente.*

# PRÓLOGO

En su defensa apasionada de la mujer, nuestra autora nos abre una ventana insospechada, sorprendente, y nos ofrece la posibilidad de mirar la historia con esta memoria herida de las beguinas.

La oportunidad de prologar este libro de María Cristina Inogés Sanz ha sido una verdadera «invitación de boda». El mundo de las beguinas –y los begardos– ha ejercido siempre una fascinación especial en nosotras como mujeres, aun sin haber tenido todavía la oportunidad de visitar un beaterio y hacer al mismo tiempo una especie de «peregrinación espiritual» a estos lugares donde vivieron y respiraron el Espíritu, mujeres de excepcional cultura teológica y humanística.

Este vacío ha sido parcialmente llenado por este libro –no suple la visita al lugar– en el que la autora hace un estudio preciso y profundo de la vida y espiritualidad de las beguinas, que con sus escritos, muchas veces llenos de poesía y «amor cortés», pero no solo de ello, dieron al siglo en que vivieron un testimonio claro y verdadero de su influencia cultural y mística, que también se proyecta en siglos siguientes, dejando abierto un camino de reflexión sobre la presencia de las beguinas en el siglo XX y en el actual.

Con su habitual maestría al narrar, Cristina Inogés Sanz nos va introduciendo en un relato fascinante que se remonta al siglo XII, en Flandes, cuando unas mujeres cristianas decidieron agruparse para vivir juntas su deseo de entrega a Dios y a los más necesitados. Lo hicieron fuera de las estructuras de la Iglesia, a la que acusaban de no reconocer los derechos de las mujeres.

La autora nos descubre un beaterio, y en él las casas donde vivían aquellas mujeres, a la vez que la actividad que desarrollaban. El muro que rodeaba el beaterio no era una señal de encierro, sino un signo revolucionario, ¿de qué manera? Porque impedía que su forma de vida fuera institucionalizada. Optaron por vivir de tal forma que no era una existencia pacífica la suya, sino un tanto turbulenta, simple y sencilla,

pero con una fuerte carga vital, porque decidieron seguir los planes de Dios transgrediendo las leyes de los hombres eclesiásticos.

Cristina, deseosa de seguir la investigación y llevada por su afán de conocer y dar a conocer muchos más datos, afirma que las beguinas siguen existiendo, también en el siglo XX, aunque ya no vivan en beaterios. Un recorrido fascinante que atrapa e invita a seguir, situándonos como punto de partida en la sociedad de la Baja Edad Media, época muy movida y colorista, y que nos lleva a la Iglesia y a los monasterios, llenos de vida, con diversas actividades: orar, estudiar, trabajar; la disciplina monástica da lugar a una vasta cultura donde las luces y las sombras también se mezclan.

En los siglos XII y XIII se dieron algunas injerencias civiles en el gobierno de la Iglesia, y esta se reafirmó en un clericalismo que desplegó todo un espacio de poder que no era aceptado de manera unánime. La jerarquía eclesiástica se convirtió en garante de qué formas de conocimiento eran ortodoxas y cuáles heterodoxas.

La autora, de hecho, ve un vínculo claro «afectivo» y «efectivo» entre estas pioneras medievales y las mujeres de hoy. Y por lo tanto escribe: «El oscuro siglo XX y, por lo que parece, el no más claro siglo XXI son escenarios muy similares a los que sirvieron de fondo a las beguinas que iniciaron el movimiento en la Baja Edad Media». Es decir, que la mujer del mundo contemporáneo, por brutal que parezca esta afirmación, sigue sufriendo las mismas injusticias, la misma violencia física y psicológica y las mismas obligaciones de silencio en muchos países. Las beguinas, personas valientes, capaces de atreverse donde otras no podían o querían, ayudaron a otras mujeres a incrementar su formación y creatividad con gran libertad, en una sociedad absolutamente patriarcal, machista – aunque el término no se conocía en la época– y clerical.

Las beguinas fueron místicas absolutamente originales, capaces de desarrollar un pensamiento teológico inédito, cuyo centro es el alma que busca a Dios a través de un incesante diálogo amoroso, dirigido simplemente a señalar el proceso que conlleva a todos aquellos que emprenden un camino espiritual, «porque Dios Amor no exige nada para darlo todo, y que lo mejor para el alma es aniquilarse en Dios».

Algunas de ellas presentan la figura de Dios y de Cristo en clave abiertamente femenina, como Juana de la Cruz –Juana Vázquez



Gutiérrez—, quien muy probablemente había leído los escritos de san Anselmo (1033-1109), el iniciador de la devoción a «Jesús, nuestra madre», retomada más tarde de manera especial por Juliana de Norwich y antes por Margarita d'Oingt y Matilde de Helfta<sup>1</sup>.

Pero mientras los hombres podían permitirse la libertad de pensar en todos los campos del conocimiento, las mujeres que lo hacían eran perseguidas, incluso quemadas como brujas. La historia de Margarita Porete es emblemática y sintomática de cuánto y cómo eran incómodas las beguinas para la Iglesia de la época, que no escatimó acusaciones de todo tipo —absolutamente infundadas— contra estas mujeres cuyo único pecado era amar demasiado a Dios y al prójimo. Esto, al final, significó ser beguina: dedicar la vida al servicio al prójimo y al amor.

Las beguinas también estuvieron presentes fuera de las fronteras del norte de Europa, concretamente en la España de los siglos XV y XVI —incluso antes—, entre Zaragoza, Toledo, Ávila y Madrid. Se presentan como una avanzada del humanismo y tuvieron que sufrir las consecuencias de la Inquisición española, que, en muchos casos, las identificó con «los alumbrados».

Y, en este sentido, la cuestión es si la gran santa de Ávila, Teresa, conoció algunos de los escritos de las beguinas. De hecho, existen similitudes entre la obra de Beatriz de Nazaret *Siete modos de amor* y el *Castillo interior* que sugieren que Teresa de Ávila bebió del gran pozo de la mística y espiritualidad de las beguinas. Pero Cristina Inogés Sanz no lo duda tanto como para afirmar que «mucho de la fuerza de las beguinas quedó plasmada en sus escritos, en su mística, en su espiritualidad, en su convencimiento de que lo que hacían era lo que había que hacer, e incluso en la forma de relación íntima con Dios».

Después de Teresa, otras mujeres han encarnado el espíritu de las beguinas a lo largo de los siglos, y parece realmente extraño pensar en las mujeres de los siglos XX y XXI en esta perspectiva tan particular; sin embargo, los contextos históricos, «guerras, enfrentamientos, armas nucleares, campos de exterminio, totalitarismos de todo signo y revoluciones que, tras mucho dolor, no cambiaron el mundo», nos las señalan como mujeres capaces de descubrir y redescubrir a Dios en su vida y luego testimoniarlo a la humanidad a través de gestos de entrega incondicionada, amor absoluto para todo el género humano. La autora,

deseosa de seguir la investigación y llevada por su afán de conocer y dar a conocer muchos más datos, afirma que las beguinas siguen existiendo, también en el siglo XX, aunque ya no vivan en beaterios: Etty Hillesum, Dorothy Day, Simone Weil... Son mujeres entregadas al Amor.

Cristina nos hace avanzar por el camino de la mística –de las expresiones teológicas– de las beguinas a la hora de expresar sus vivencias, y que son un reto para nuestra realidad cultural actual. La autora explica muy bien que místicos y místicas descubrieron y supieron transmitir que no hay verdadera mística sin amor, un amor que lleva a la entrega al prójimo. Analiza también los factores medievales y la presencia de la mujer en la Edad Media. Y las mujeres religiosas en esta época abarcan un enorme espectro; algunas sufrían inconvenientes económicos para ingresar en los monasterios y decidieron vivir esa religiosidad fuera de toda dimensión institucional.

No eran bien vistas por dos motivos fundamentalmente: en primer lugar, eran vistas como un peligro, porque intelectualmente eran superiores a gran parte de la población y del propio clero; y, por otra, se dedicaban al cuidado de la gente más desfavorecida sin pedir nada a cambio; eran humildes y sencillas. Esto despertaba un sentimiento de miedo y rechazo en la sociedad medieval del momento, que estaba marcada por el cambio radical de la Iglesia, que había evolucionado desde la defensa de la ayuda al prójimo hasta la Iglesia perseguidora de infieles y herejes, que se sustentaba en el poder de la Inquisición –y de la poca cultura de la gente–.

A pesar de la gran persecución, los beaterios nunca fueron eliminados del todo. Aquellos que han logrado sobrevivir desde la Edad Media hasta la actualidad se cuentan por decenas. Actualmente permanecen algunos beaterios, como por ejemplo en Bélgica, donde vivieron algunas beguinas hasta bien entrado el siglo XX. La mayoría de esos beaterios han sido declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

La autora nos va presentando a las beguinas. Comienza por las menos conocidas, entre las cuales cita a beata María d'Oignies, la primera. Odilia de Lieja, la madre de John. Ida de Nivelles, la compasiva. Juetta de Huy, la que no pensó serlo... y así otras tantas. En otro momento agrupa a las más conocidas e incómodas para la Iglesia: Hadewijch de Amberes, Beatriz de Nazaret, Juliana de Norwich... Otras muchas cosas



interesantes y novedosas se pueden leer en el texto, pero no las vamos a anticipar ni a quitar el gusto de descubrirlas directamente.

Agradecemos a Cristina Inogés Sanz esta maravillosa aportación al tema de la mujer hoy, trayendo la memoria histórica que, como maestra, nos sigue dando valiosas enseñanzas. También la confianza en solicitarnos este prólogo, que hemos realizado con verdadero gusto.

MARÍA LUISA BERZOSA, FI  
consultora de la Secretaría General del Sínodo de los obispos

CATERINA CIRIELLO, FI  
profesora de Teología e Historia de la Espiritualidad  
Pontificia Università Urbaniana (Roma)

Roma, 29 de junio 2021,  
fiesta de San Pedro y San Pablo

Al noble amor me he dado por completo,  
pierda o gane todo es suyo en cualquier caso.  
¿Qué me ha sucedido que ya no estoy en mí?  
Sorbió la sustancia de mi mente.  
Mas su naturaleza me asegura  
que las penas del amor son un tesoro.

HADEWIJCH DE AMBERES, beguina  
siglo XIII

La lengua materna, la primera que aprendemos a hablar,  
consigue plantar cara a la imposibilidad lógica  
de hablar de un ausente tan ausente  
como es un otro que no encuentra sitio  
entre las cosas dichas o decibles.

LUISA MURARO, filósofa  
fundadora de la Librería de Mujeres (Milán)  
y de la comunidad filosófica de mujeres «Diotima»

La mujer es un hombre incompleto.  
ARISTÓTELES (384-322 a. C.)

En lo que se refiere a la naturaleza del individuo,  
la mujer es defectuosa y mal nacida.

SANTO TOMÁS DE AQUINO (siglo XIII),  
doctor de la Iglesia

He aquí que, en nuestros días,  
en Baviera y en Brabante,  
el arte ha nacido entre las mujeres.  
Señor, Dios mío,  
¿qué arte es ese mediante el cual una vieja  
comprende mejor que un hombre sabio?

LAMBERTO DE RATISBONA,  
franciscano (siglo XIII)

... le está prohibido al sexo femenino [...] (1 Tim 2,12) enseñar en público, sea de palabra o por escrito [...] Todas las enseñanzas de las mujeres, en especial la enseñanza formal de palabra o por escrito, debe ser tenida bajo sospecha a menos que haya sido cuidadosamente examinada, y

mucho más plenamente que la de los hombres. La razón es clara: la ley común –y no cualquier ley común, sino la que viene de lo alto– se lo prohíbe. ¿Y por qué? Porque ellas son fácilmente seducidas, y seductoras decididas: y porque no está probado que sean testimonio de la gracia divina.

JEAN, CARDENAL GERSON (siglo XIV)

La historia suele olvidar a los vencidos [...] por ello es necesario ir más allá, mantener otras hipótesis, sospechar y leer los documentos entre líneas, trasladarse por completo a los acontecimientos evocados [...] Pero, por la naturaleza misma de las cosas, los documentos proceden de los vencedores.

SIMONE WEIL  
filósofa

Las mujeres no son un elemento accesorio ni siquiera en las religiones, sino que, al contrario, constituyen el corazón latente y desvelan la identidad. La dignidad que las religiones confieren a la persona en cuerpo femenino, el papel que atribuyen a las mujeres en los ritos, en la gestión de lo sagrado, su visibilidad institucional y los derechos humanos reconocidos para ellas, son las pruebas de fuego que demuestran la validez del mensaje de salvación y de verdad de la que las religiones se sienten portadoras.

ADRIANA VALERIO  
historiadora y teóloga

# OCTUBRE DE 1997

Hace ya algunos años viajé con una amiga a Brugge, que traducimos como «Brujas» cuando realmente significa «Puentes». Cruzé uno que me llevó a un lugar que parecía sacado de un cuento; el puente, no muy grande, atravesaba uno de los innumerables canales que fluyen por la ciudad y terminaba en un portón que permitía cerrar un muro de considerable altura. El recinto amurallado contenía la que se convertiría en una de las pasiones de mi vida.

Al cruzar el portón accedí a un gran jardín magníficamente cuidado donde los árboles, ya en pleno otoño, habían perdido muchas de sus hojas, y a cuyos pies unas sencillas flores amarillas parecían chispas doradas dispuestas para llamar la atención; la forma circular del jardín le venía dada por la disposición de unas casitas a modo de urbanización mucho más bonita y familiar que las actuales. Dichas casitas, todas iguales, lejos de dar la sensación de uniformidad, respondían más bien a un espíritu de igualdad que se captaba de inmediato. Estaba en el *Béguinage de Brugge*, el *Begijnhof* –dicho en flamenco–, el *beaterio*, en definitiva, el lugar donde vivían las beguinas de esa ciudad en la Baja Edad Media, en uno de los varios que hubo en la zona<sup>1</sup>.

Había una casita que sí sobresalía –muy poco– del resto y que era la que ocupaba la *Grande Dame*, que era una beguina elegida entre ellas mismas para supervisar, sobre todo, la seguridad del beaterio y de sus habitantes y el buen funcionamiento en todos los sentidos. También contaba el beaterio con una capilla y una enfermería como espacios comunes, aunque no estaban obligadas a compartírselos y, de hecho, casi no los compartían, salvo la enfermería en caso de necesidad.

Las casitas del beaterio tenían una idéntica disposición interior y la misma decoración por una mera cuestión práctica y económica. Una cocina con chimenea y equipada con una mesa y dos o tres sillas –algunas beguinas recibían allí a los alumnos que tenían–; un armario estrecho y alto que, en la parte superior, servía para almacenar la frugal comida que guardaban y que se cerraba con una puerta con celosía; en la parte inferior

guardaban la escasa vajilla que utilizaban; y entre ambas partes había una tabla que se deslizaba ayudada por un pequeño tirador y que era donde normalmente comían. Una estrecha puerta daba paso al pequeño dormitorio, sumamente austero, donde se encontraba una puerta que podía abrirse de forma independiente la mitad superior de la inferior y que daba a un jardín, no muy grande, que tenía un pozo<sup>2</sup>. Era una vivienda austera, aunque, si la comparamos con las habituales de la época, donde la misma casa era compartida por varias familias o personas sin conexión alguna y con los animales, las casas de las beguinas eran algo extraordinario.

Su vestimenta también era austera. Vestían con una túnica de color grisáceo o pardo –dependía del lino o de la lana– sujeta a la cintura con un simple cordón –de cuero o de cuerda– y una pequeña cofia en la cabeza, ya que era habitual en todas las mujeres medievales llevar la cabeza cubierta.

Más tarde, cuando me dediqué a profundizar en la vida y obra de las beguinas, comprobé hasta qué punto, sin levantar la voz, sin grandes gestos que provocaran reacciones adversas, fueron capaces de situarse en el lugar que querían y del modo que querían, porque creían en lo que hacían. No dejaba de ser una forma de vida un tanto corporativa –muchas de ellas en un mismo lugar, aunque independientes, al amparo de su *Grande Dame*, y desarrollando diversas actividades– que no alteraba para nada la vida cotidiana de las ciudades donde se establecieron y sí proporcionaron grandes beneficios.

Un elemento como el muro que rodeaba el beaterio –y que no dejaba de recordar el muro que protegía los monasterios y su clausura– se convirtió con ellas en el elemento revolucionario que impedía la institucionalización de su forma de vida por parte de la Iglesia; no servía para encerrarlas, sino que era la defensa de su forma de vida, de su forma de vivir y entender la fe y de su compromiso evangélico, como respuesta a la clausura como única forma de vida religiosa para las mujeres.

La información que se proporcionaba en el beaterio de Brujas era muy interesante. Se explicaba la forma de vida de las beguinas; las actividades que realizaban estas valientes mujeres; los motivos de vivir allí reunidas y preservando a la vez su independencia; qué supuso su presencia en la Baja

Edad Media, e información de la comunidad benedictina que actualmente ocupa el beaterio.

Así descubrí a las beguinas en el mes de octubre de 1997. Las fascinantes mujeres medievales a las que tanto debemos en muchos ámbitos y que, de no ser por otras mujeres con un espíritu muy beguino, casi habríamos perdido. Nuestras protagonistas optaron por una forma de vida que, lejos de permitirles vivir en la sencillez y paz que buscaban, las condujo a una existencia turbulenta, porque obedecer a Dios –a quien sentían muy cercano– las llevó a ser transgresoras con las leyes de los hombres y, más si cabe, con las leyes de los hombres eclesiásticos, lo que les hizo descubrir que sobrepasar ciertos límites era y es muy peligroso.

Calificadas de herejes, se las persiguió como a tales y se las considera todavía hoy, sin caer en la cuenta de que la palabra «hereje»

etimológicamente define a una persona con criterio propio que se aparta de la opinión y las normas aborregadas de la mayoría, e históricamente han demostrado dos aspectos de su forma de ser: que son personas extraordinariamente honestas y que querían reformar la sociedad y la Iglesia de su tiempo. Hoy son modelos de conducta para tiempos y sociedades adormecidas y sin capacidad para pensar<sup>3</sup>.

Sin embargo, con el tiempo y para mi sorpresa, entendí que las beguinas siguen existiendo y que, sobre todo, las ha habido en el siglo XX. Es verdad que en este siglo ya no vivían en beaterios, ni siquiera algunas juntas en casitas, ni todas eran cristianas, como en la Baja Edad Media, pero la fuerza de su pensamiento, la fuerza de su presencia en la sociedad, su compromiso social y la mística nupcial de alguna de ellas –con un lenguaje no tan diferente al de las medievales– me confirmó que, mientras haya mujeres dispuestas a ser fieles a sí mismas y a la forma de vivir su compromiso bautismal –si son creyentes– o su compromiso con el hombre –si no se declaran creyentes–, las beguinas seguirán en el mundo, aunque no se las identifique ya de esa manera.

Porque no podemos olvidar que la razón última de ser de las beguinas de todas las épocas toma sentido en la Escritura, y en ella leemos: «El más grande entre vosotros sea vuestro servidor» (Lc 22,26).



# PARTE PRIMERA

Hay un aspecto de las místicas medievales que me parece de un interés filosófico de primer orden. Al no considerarse concernidas por la teología tan elaborada de las escuelas, se nutrían en muchas ocasiones de la experiencia cotidiana, de las pláticas, por así decir, de lavadero.

Por eso encontramos en ellas una fenomenología de *eros* –no de un *agape* meramente angélico–, pero también del cuidado. Son María, sí, pero con toda la sabiduría sobre lo pequeño, aunque imprescindible, que hemos de suponer en Marta.

Puede que santa Hildegarda sea uno de los ejemplos más claros de este segundo aspecto: el de una fenomenología de lo cotidiano frente a la pura metafísica de los conceptos.

JULIO GARCÍA CAPARRÓS  
filósofo y poeta

# LA EDAD MEDIA. APROXIMACIÓN

Acotar cronológicamente la Edad Media u otro período histórico no es algo que se pueda hacer con exactitud milimétrica. En el caso que nos ocupa, la referencia para su aparición coincide con la caída del Imperio romano (476 d. C.) y se alarga hasta el descubrimiento de América (1492), que da paso a la Edad Moderna, y así lo dice la historia civil. Sin embargo, por lo que se refiere a la historia de la Iglesia, los estudiosos nos dicen que la Edad Moderna comienza hacia el siglo XII<sup>1</sup>, es decir, mucho antes, y que la presencia e influencia de la Iglesia en ese período fue muy importante.

Esa presencia religiosa no se adoptó o permitió por capricho, afán de protagonismo o de dominación —reconociendo que hubo excesos, como en todo—, sino que había una razón muy importante en aquel momento para que lo religioso tuviera un protagonismo central que se supo ver y se reaccionó en consecuencia. La Edad Media es un concepto cultural europeo concebido en un momento en el que Europa, viéndose muy inferior en muchos aspectos, recurrió e insistió en la pureza de sus prácticas religiosas como defensa frente a la civilización islámica, que estaba muy asentada en el sur<sup>2</sup> y por la que se veía amenazada. La mayor amenaza era la difuminación y desaparición de la cultura cristiana, es decir, de la esencia de esa identidad europea que estaba formándose. Pues bien, «las mujeres, que fueron tan necesarias como los varones en la construcción y asentamiento de Europa, no aparecen en los libros de historia, ni hay, por lo general, voces masculinas que reclamen su presencia»<sup>3</sup>.

Debemos entender también que desde que se inicia la Edad Media hasta su final, que se da con el descubrimiento de América y la llegada de la Reforma, estamos hablando de una Europa cristiana y católica toda ella —si bien persistían algunos elementos paganos y algunas disidencias que

querían purificar a la Iglesia—. Esta realidad nunca más se ha vuelto a repetir y nunca más se repetirá.

## **La sociedad**

La Baja Edad Media, período en el que nos situaremos con las beguinas, está muy lejos de ser un tiempo oscuro e improductivo. Al contrario, fue una época bulliciosa, movida, colorista, llena de inventos y llena de vida, coincidiendo con guerras, cruzadas y epidemias.

Desde finales del siglo XI y principios del XII, la sociedad había emprendido una transformación rápida desde el desarrollo económico. En ese momento todavía no había grandes innovaciones tecnológicas —llegarían muy poco más tarde— que favorecieran ese desarrollo; sin embargo, sí hubo un cúmulo de circunstancias que crearon el ambiente necesario para que ese desarrollo se produjera: el Mediterráneo, bajo control occidental, el declive político de Grecia y del mundo musulmán, la acumulación de capital en los lugares más comerciales de la naciente Europa... La expansión fue irresistible e irrefrenable. Se mejoraron los caminos y los canales, que ayudaron al tráfico de mercancías, hubo nuevos métodos —realmente, métodos de los romanos, que habían caído en desuso— para hacer más rentable la agricultura, los mercados y la aparición de los créditos... todo esto favoreció el crecimiento económico.

Las ciudades empezaron a tomar carácter y los gremios tuvieron mucho que ver en ello; la industria del tejido despegó con fuerza, y tras ella todas sus derivadas: manufactura de telas, teñido de las mismas, confección... La burguesía medieval —llamada así porque vivían en los burgos de las ciudades— no estaba sujeta a la jurisdicción feudal, que afectaba a los campesinos, y así resultaba mucho más libre. Económicamente era la que más vida daba a la ciudad, aunque los negocios de los artesanos también ayudaban lo suyo.

La familia no era precisamente un ejemplo de núcleo de afectos. Los matrimonios de nobles, burgueses y pobres resultaban de transacciones comerciales —más fructíferas en unos casos que en otros—, donde el valor lo daba la mujer. Esta realidad diseñaba una estructura familiar afectiva tan pobre que hasta la maternidad era un azar propio del papel de esposa o

de la simple condición de mujer, donde el apego y sentimiento materno-filial no destacaba –los niños tenían una alta tasa de mortalidad y era mejor no encariñarse mucho con el hijo<sup>4</sup>–, y donde los nobles y ricos buscaban herederos, varones a poder ser, y los pobres, hijos varones a los que poner a trabajar apenas fuera posible.

Los inventos de la Baja Edad Media –no olvidemos que estamos en una sociedad tan teocéntrica y tan compleja sociológica y religiosamente como creativa– no se quedaron allí, y todavía hoy utilizamos muchos de ellos<sup>5</sup>, porque fue un período muy activo; se conocen las primeras lentes convexas, que permiten observar objetos a gran distancia; se empieza a medir el tiempo con los primeros relojes mecánicos; los viajes se aceleran –pese a lo complicado que era viajar– al ritmo de las peregrinaciones –Roma, Jerusalén, Santiago de Compostela y, en menor medida, aunque también con una fuerza notable, Vézelay, donde se creía que estaba enterrada María Magdalena– y de las cruzadas, que permitían también el viaje de las ideas; se construyen catedrales con arbotantes y magníficas vidrieras que permitían al hombre mirar hacia lo alto y, de alguna manera, visualizar el cosmos. Las catedrales tuvieron una importancia capital en el asentamiento de la cultura cristiana, porque, en una sociedad donde pocos sabían leer, entrar en una catedral era, casi, entrar en la trascendencia.

Las nuevas catedrales proporcionaban a los creyentes un reflejo de otro mundo. Habían oído hablar en himnos y sermones de la Jerusalén celestial, con sus puertas de perlas, sus joyas inapreciables, sus calles de oro puro y vidrio transparente [...] Ahora, esa visión descendió del cielo a la tierra. El fiel que se entregase a la contemplación de toda esa hermosura sentiría que casi había llegado a comprender los misterios de un reino más allá del alcance de la materia<sup>6</sup>.

Todo se mueve, todo avanza, y una cultura –la cristiana– se asienta y va, poco a poco, dibujándose en la pintura de las primeras tablas al óleo; dando forma a la literatura –más destinada a los círculos intelectuales que al gran público– de la mano de monjes y monjas de los monasterios, pero también deja paso a una literatura donde se glosan las virtudes de los caballeros y las reacciones de algunas sorprendentes damas, y en la que aparece algo impensable hasta entonces: el amor cortés, que no siempre va a tener un final feliz –Tristán e Isolda, con la escena de los dos durmiendo

en el bosque separados por la espada clavada en el suelo, es todo un referente— y va a tener más repercusión de la que a simple vista pueda parecer. También los romances por medio de trovadores —en las lenguas que van apareciendo— acercan historias a quienes no sabían leer en los espacios abiertos de las ciudades, en los cruces de caminos y en los mercados<sup>7</sup>.

## **Los monasterios, la Iglesia y los obispos**

En el año 1050, el monopolio benedictino era incuestionable; hacia 1300 ya estaban en escena casi la totalidad de posibles variantes religiosas: los cartujos y muchas Órdenes de ermitaños; los templarios y otras órdenes militares; las diferentes ramas de canónigos regulares; los cistercienses; organizaciones para la ayuda y auxilio a presos... Todas estas Órdenes y organizaciones eran distintas entre sí, tenían sus constituciones o reglas, y cada una de ellas había nacido bajo la protección de un papa. Para hacernos una idea de su importancia, entre Inglaterra y Gales hubo más de ochocientas comunidades religiosas de todo tipo<sup>8</sup>, y en concreto, en Londres, diecinueve; en la diócesis de Cambrai; en el norte de Francia, más de ochenta; en París, veintidós<sup>9</sup>.

Pocas veces se puede observar a lo largo de la historia una época en la que la mayor conquista de logros esté al servicio de una única meta: la expansión de la sociedad, de una sociedad fuertemente jerarquizada donde los monasterios y la Iglesia jugaron un papel esencial.

Los monasterios contribuyeron en gran medida al desarrollo global de la sociedad medieval. Aunque por costumbre relacionamos la imagen de los monasterios con las bibliotecas, en realidad fueron mucho más que eso, ya que se encargaron de recuperar las tierras agrícolas que habían quedado abandonadas tras la caída del Imperio romano, se dedicaron a la enseñanza y, en general, prestaban grandes servicios a la población.

Los monjes y también las monjas —aunque a la historia han pasado solo los nombres de pocas de ellas— sabían que la ociosidad es la madre de todos los vicios, así que el horario estaba dividido de tal manera que había tiempo para todo —oración, trabajo, estudio, escritura— menos para perderlo. Esto se tradujo en la prosperidad de dichos lugares en muchos

ámbitos, entre los que destaca la agricultura. El historiador Le Goff dice al respecto que no todo fue fruto de la profunda sabiduría monástica, sino que monjes y monjas, a través de los manuscritos que leían y copiaban, adquirieron conocimientos agrícolas ya olvidados, pero que les sirvieron como base para recuperarlos y superarlos<sup>10</sup>.

Hablar de monasterios e Iglesia no es lo mismo en esa época. La gran y excelente disciplina monástica les permitió tener acceso a una vasta cultura, sin abandonar una vida sencilla regida por la regla que cada Orden hubiera adoptado. La evangelización estaba en su horizonte, aunque de manera diferente a la de la Iglesia secular; desde los monasterios se evangelizaba con la cultura —manifestada en todas sus posibles variantes—, la agricultura y, sobre todo, con la vida sencilla que llevaban.

En una sociedad que ha caído de nuevo en una ignorancia general, solo ella [la Iglesia y los monasterios] posee aún estas dos disciplinas indispensables a toda cultura: la lectura y la escritura, y los príncipes y los reyes deben reclutar forzosamente entre el clero a sus cancilleres, a sus secretarios, a sus notarios, en una palabra, a todo el docto personal del que les es imposible prescindir<sup>11</sup>.

Esta práctica era la habitual, ya que reyes y nobles creían que leer y escribir era un trabajo, y ellos, por su posición, no estaban obligados a saber hacerlo, aunque fue decayendo poco a poco y, todavía en la Edad Media, se incorporaron nobles a las labores antes citadas. No obstante, la presencia de la Iglesia como garante de la cultura se mantuvo.

¿Por qué la Iglesia como garante de la cultura? Porque prácticamente la cultura es monopolio de la Iglesia secular y, sobre todo, de los monasterios. Monopolio que nunca mantuvo para su uso exclusivo, sino que compartió, y por ello toda la sociedad medieval se benefició. Gracias a la labor de los copistas, hombres y mujeres, la difusión de textos de todo tipo llegó a muchos de los rincones de la naciente Europa que ahora conocemos. Decía Casiodoro<sup>12</sup>:

¡Tarea bienaventurada! ¡Trabajo digno de elogio! Predicar con la fatiga de las manos, abrir con los dedos las lenguas mudas, llevar silenciosamente la vida eterna a los hombres, combatir con la pluma las sugerencias peligrosas del mal espíritu. Sin salir de su celda, a una larga distancia, desde el lugar en que está sentado, el copista visita las provincias lejanas; se lee su



libro en la casa de Dios; las multitudes le escuchan y aprenden a amar la virtud. ¡Oh, espectáculo glorioso! La caña partida vuela sobre el pergamino, dejando la huella de las palabras celestes, como para reparar la injuria de aquella otra caña que hirió la cabeza del Señor<sup>13</sup>.

No solo los monjes y monjas desde sus monasterios fueron los garantes de la cultura. Las ciudades sedes de los obispos también destacaron como centros culturales, y el obispo era el máximo responsable; si se involucraba con verdadera entrega, las escuelas catedralicias se convertían en auténticos centros de intelectualidad. Pero nunca llegaron a ser como los monasterios. Sin la más mínima duda, la labor de los copistas permitió, sobre todo en los siglos XI y XII, el desembarco de la cultura clásica que produjo «el revolucionario cambio de pensamiento por el cual la filosofía medieval asimiló los principios éticos y sociológicos de Aristóteles y los integró en la estructura del pensamiento cristiano»<sup>14</sup>.

Sin embargo, no todo fue maravilloso, y los problemas convivían con los logros. Europa se veía en la necesidad de reafirmarse cultural y religiosamente como sujeto, y así, el papado y toda la Iglesia trabajaron a favor de la uniformidad de la doctrina, de la ley y de la enseñanza tal y como consideraron que requería el momento. La Iglesia ideal de los siglos XII y XIII era una sociedad de clero disciplinado –más en algunos aspectos que en otros– y muy organizado que dirigía los pensamientos y actividades de un laicado obediente y receptivo a causa de su falta de preparación en temas religiosos. En este laicado obediente, receptivo, y añadiría que sumiso, entraban por igual reyes, nobles, comerciantes y campesinos. La falta de solidaridad entre los laicos, fruto de una sociedad fuertemente jerarquizada en sus diferentes estratos sociales, hizo que nadie viera mal ni se sintiera perjudicado por la superioridad intelectual del clero, sobre todo del clero proveniente de familias pudientes, que se permitía tener una buena formación, y que nosotros conocemos como alto clero.

Ese alto clero distaba mucho de querer parecerse al clero bajo, sin casi preparación y que a duras penas subsistía de la celebración de misas y poco más. Sin embargo, ambos –el alto clero y el bajo clero– compartían un interés común respecto a la protección de las «libertades» –que así de denominaban– del clero. Estas libertades consistían en la exención del clero de la justicia de los tribunales seculares; la exención de pagar